

Editorial

Recuerdo cuando leí la famosa obra *Un mundo feliz* del escritor Aldous Huxley que aún guardo entre mis libros más queridos. La conocí por un profesor de filosofía llamado Eloy, al que no olvidaré. Él nos animó a leer ese libro que hablaba sobre un mundo futurible en el que la guerra y el hambre habían desaparecido, donde la biotecnología y la reproducción asistida eran una realidad, pero observadas con una visión irónica y sagaz de Huxley. Nadie espera lo peor para un mundo futuro, ni siquiera ahora que se han hecho realidad algunos de sus pronósticos de aquella obra, aunque se hicieran en el siglo pasado (1932) y conectasen con una tradición literaria muy anterior, puesto que el título de ese libro se inspiraba en “la Tempestad” de Shakespeare. En nuestra edad de instituto, todo eso entraba dentro de lo que llamamos utopía. Si saco a colación esto, no es porque quiera hablar de utopías sino de profesores que preparan para el futuro. Aquel profesor de Filosofía, que impartía además Latín y otras materias, nos inspiraba cada día con nuevos proyectos y nos proporcionaba elementos para analizar el mundo futuro, en el que íbamos a vivir.

Las escuelas y colegios de nuestro entorno, o institutos por los que transitan otros “Eloys”, utilizan plataformas para enviar notas y recibir mensajes, hay pizarras electrónicas que conviven con pizarras sobre las que escribir en tiza o rotulador. Conviven en una armonía un tanto caótica: unas frente a otras, y muchas no se utilizan habitualmente. La conexión a internet, o el wifi no tiene potencia como para sostener búsquedas en internet de los alumnos o para trabajar en red. Los profesores terminan renunciando a su uso. Se recurre más a la fotocopiadora y al subrayado que a las nuevas tecnologías. Tal vez el conocimiento pierda muchas oportunidades que nos proporciona hoy la era digital. O no hagamos reales muchas innovaciones y nuevas prácticas que sí que son posibles en nuestra universidad. Habitualmente se tilda a los docentes de universidad como utópicos y poco realistas, o excesivamente teóricos. El saber se construye con el conocimiento y la tecnología en cada época. Y el saber debe ser crítico. Hoy las Tecnologías de la Información y la Comunicación y la relación entre ellas y el conocimiento son una realidad que tampoco debe escapar a esa visión crítica que se debe desarrollar en nuestro alumnado. Porque ellos, nativos digitales, generación Z, deben no solo poder acceder al conocimiento sino saber cómo interpretarlo adecuadamente. En la ecuación sistema es igual a enseñanzas más profesores y normas, faltan elementos que tienen que ver con posibilidad y acceso. Esa es la utopía que en el siglo XXI debemos recuperar, pero sin pérdida del saber.

Es un placer poder presentar este nuevo número de **ReSed** que habla de las TAC y los cambios sociales. Se ha realizado con mimo y entusiasmo, responsabilidad y colaboración. Cuando conocí a Ester Trigo Ibáñez, ambas estábamos en la misma clase: ella de alumna y yo de profesora. Compartí otros momentos felices con ella (de algunos tengo aún fotos): el de la ceremonia como doctora por mi Tesis. También recuerdo cuando ella leyó la suya. Todo en el mismo espacio: La Universidad de Cádiz. Nuestra nueva plataforma *OJS*, más tecnológica, moderna, augura nuevos tiempos para una revista, a la que le seducen la observación de los cambios y las transformaciones sociales. Esperamos que éstos sean verdaderos mundos felices, donde podamos llevar a cabo otros muchos proyectos con responsabilidad y colaboración. Pero sobre todo, donde no perdamos la motivación por aprender y responder con imaginación a todos los nuevos cambios y realidades que están por llegar.

Beatriz Pérez González

Nº 5, 2017. Página | 11